

# Un mensaje en una botella

Una biografía intelectual y una reconstrucción de la ética adorniana a partir de su inacabada *Teoría estética* son dos libros clave para entender la obra del pensador alemán.

KEYES MATE

Treinta y seis años después de su muerte y coincidiendo con el centenario de su nacimiento llega esta biografía intelectual de Theodor Wiesengrund Adorno que en casi un millar de páginas pretende recomponer la vida y la obra de una figura extraordinariamente compleja, por fragmentada y escurridiza.

De Adorno nos ha quedado la imagen del interlocutor de la rebelión de los estudiantes alemanes a finales de los sesenta, del filósofo que hace de la fórmula "recordar Auschwitz para que no se repita" santo y seña de la nueva filosofía, del artista que acodado a las teclas de su piano se pregunta si tras tanta barbarie hay lugar para la lírica. Pues bien, el autor de esta monumental biografía, Stefan Müller-Doohm, gracias a una afortunada combinación de biografía y bibliografía, reconstruye el rompecabezas adorniano en un relato tan instructivo como apasionante.

Este mestizo, hijo de padre judío y madre católica, bautizado en la catedral de Francfort y pese a reducir el apellido judío a una modesta W. y preferir el Adorno de la madre cristiana, encarna ejemplarmente en su vida y obra el destino de los judíos europeos en el siglo veinte. Quienquiera saber de Adorno tendrá que buscar sus obras en los estantes de filosofía. El autor de esta biografía, sin embargo, se esmera en reconstruir el costado artístico. Durante mucho tiempo prefirió ser compositor a filósofo. Estudió composición y piano, fue un afamado crítico musical y autor de composiciones musicales que no han pasado inadvertidas.

**El refinamiento estético** no supuso un obstáculo para que su inteligencia captara la gravedad de lo que se ventilaba en Alemania en los años treinta. Tardó, bien es verdad, en entender la severidad del fascismo, pensando que aquello era un calentón pasajero, una ocurrencia de un "peluquero de barrio". Pero el antisemitismo acabó alcanzando también a este "semijudío" y tuvo que hacer las maletas para el exilio.

Müller-Doohm reconstruye paso a paso la elaboración, en Estados Unidos, de *Dialéctica de la Ilustración*, que publica junto a Horkheimer. Ahí aparece un Adorno voluntarioso animador de esta gran empresa, buque insignia de la Escuela de Francfort y autor del capítulo *Odiseo, o mito e Ilustración*, momento clave de la obra. Lo que sus autores pre-

tenden es poner al descubierto las insuficiencias de la razón ilustrada, de una razón que prometía progreso y lo ha traído, sí, pero envuelto en barbarie. Lo escriben en plena guerra mundial y los autores no se hacen ilusiones: sólo quieren mandar a generaciones futuras "un mensaje en una botella" para evitar que otros se hundan. El libro pasó inadvertido hasta que los estudiantes lo rescataron a mediados de los sesenta y apareció como lo que es, un clásico del siglo veinte.

El peso de la lengua materna le hace volver, en 1947, a Alemania, tras 15 años de exilio, primero de visita y luego para quedarse. La sorpresa es que nadie quiere recordar. Los políticos quieren pasar página, los colegas universitarios le ven como un intruso, los intelectuales más complacientes con el fascismo, como Ernst Jünger, se inventan lo del "exilio interior", y advierte por doquier un mal, que él llama "heideggerismo", que es el recurso a una jerga mítica tan incontrolable como inexplicable. "Olvido y frío engaño es el clima intelectual que mejor cabe a los herederos de los nazis", le dice Horkheimer expresando un sentimiento compartido.

Su primera obra publicada en Alemania, *Minima Moralia*, es un aviso de lo que se propone: pensar todo, sobre todo lo más elemental, a partir de Auschwitz. El libro encuentra un éxito notable y abre paso a quien en poco tiempo se constituirá en el eje de la sociología, de la filosofía y de la musicología, pero, sobre todo, en el referente crítico de la juventud alemana. Adorno quiere pensar críticamente esta sociedad, armada de una letal industria cultural que ha conseguido despersonalizar al individuo. Para este trabajo no dispone de una herramienta secreta, *made in USA* o en cualquier otro lugar, sino el empeño de dar valor a lo marginado por el progreso, esto es, en erigir "al sufrimiento en condición de toda verdad". Éste es el secreto que trae al mundo su "niño gordo", término con el que designaba a su obra más personal, *Dialéctica negativa*.

En los años sesenta llovieron los reconocimientos y las condecoraciones. Era el gran intelectual alemán también el maestro de una generación que se revolvió furiosamente contra sus padres porque acabaron descubriendo el horror que habían generado y que habían querido ocultarles. Adorno estuvo con ellos hasta que los extremistas extraparlamentarios —"fascistas de izquierdas", decía él— se cebaron con su



Un prisionero se prueba una de las miles de gafas pertenecientes a las víctimas de Auschwitz.

REUTERS / BETTMANN

persona, acusándole de traicionar en la práctica lo que había enseñado teóricamente. No le seguían cuando decía que "la falta de compromiso político no tiene por qué ser un defecto moral". Adorno sintió que aquella generación quería asesinar a la madre. Murió pocas semanas después, a los 66 años, mientras descansaba en la montaña.

**Pese a su volumen se echan de menos** en este libro dos análisis: las relaciones con Walter Benjamin y el impacto de la tragedia judía —lo que luego él llamaría "Auschwitz"— en su vida y en su obra. Sobre el primer punto, el autor pasa de puntillas. Pesa sobre Adorno la sospecha de una influencia de su amigo mucho más allá de lo que él reconoce. Tampoco dice mucho sobre cómo vivió Adorno las noticias del genocidio. Si resulta que todo hay que repensarlo desde Auschwitz hubiera sido de interés saber de dónde sale esa exigencia ética. La traducción es buena aunque con un par de despistes: llamar a los demócratas liberales "demócratas libres" y decir "filosofía de la lengua" en lugar de filosofía del lenguaje.

Adorno dejó sobre su escritorio un libro casi acabado sobre *Teoría estética* y un tratado de ética que ya había adelantado en 1963. Marta Tafalla ha tenido el valor de reconstruir esa ética adorniana convocando para esta tarea a tres conceptos básicos en su filosofía: el de negatividad, el de mimesis y el de memoria. El primero nos dice que aunque no sepamos en qué consiste el bien sí sabemos, por experiencia, lo que es el mal. El concepto de mimesis señala al cuerpo, a la naturaleza, que no pueden ser el precio de la felicidad sino su principio. La memoria pone la nota de universalidad:

nadie es bueno por su cuenta ni para sí mismo; la bondad supone hacerse cargo del sufrimiento del mundo. Marta Tafalla recicla con inteligencia mimbres dispersos de Adorno para con ellos responder a quienes piensan que en Adorno no hay lugar para la ética porque todo se lo lleva la estética. Quien una vez llegó a preguntarse, ¿cómo hacer poesía después de Auschwitz?, acabó respon-

diendo que sólo si uno se hacía cargo del sufrimiento de las víctimas. La estética acabó rindiéndose a la ética.

*En tierra de nadie. Theodor W. Adorno, una biografía intelectual.* Stefan Müller-Doohm. Traducción de Raúl Gabás y Roberto Bernet. Herder. Barcelona, 2003. 811 páginas. 49,80 euros.

*Theodor W. Adorno. Una filosofía de la memoria.* Marta Tafalla. Herder. Barcelona, 2003. 304 páginas. 17,80 euros.

## De lo popular a lo vulgar

LUIS GOYTISOLO

En la Europa de entreguerras coincidieron dos posturas de carácter sociocultural en apariencia escasamente relacionadas la una con la otra. Por un lado, la exaltación de todo lo *popular* —el arte, el gusto—, cuando no del pueblo mismo como depositario de valores nacionales, sociales o de otro tipo, con carácter protagónico. Por otro —Ortega es el ejemplo más citado—, voces de alerta acerca de las implicaciones negativas de ese fenómeno nuevo llamado las *masas*. Tampoco faltaron voces a primera vista descolocadas, como la de Aldous Huxley, que parecían confundir ambos conceptos al referirse a lo *popular* en términos muy parecidos a los utilizados por Ortega al referirse a las masas. Los años transcurridos han ayudado a despejar ese aparente equívoco. Cuando destacados pensadores vinculados, por ejemplo, a la Institución Libre de Enseñanza se complacían evocando el buen gusto popular, hablaban de algo real pero que ya entonces pertenecía al pasado. Porque cuando Hitler o Stalin mencionaban la palabra *pueblo* lo hacían perfectamente conscientes de que ese pueblo eran las masas. Y, en consecuencia, lo *nuevo* residía precisamente en el hecho de que el gusto popular y el mal gusto de las masas eran una sola y misma cosa. Huxley iba más allá de la simple *boutade* cuando sostenía que Henry Ford y los

diseñadores de los planes quinquenales soviéticos se hubieran entendido perfectamente tanto en lo relativo a la producción de bienes como en su consideración de lo que tradicionalmente se ha entendido por *cultura* como algo no ya sobrante sino incluso contraproducente.

El cambio, la mutación en los gustos populares se había producido de forma imperceptible unas cuantas décadas antes, a lo largo del proceso de industrialización que más tarde o más temprano fue modificando las formas de vida de diversos países europeos a lo largo del siglo XIX. El punto de inflexión hay que situarlo en el momento en que el pueblo deja de elaborar cuanto necesita para cubrir sus necesidades, como había hecho tradicionalmente, para adquirir los productos elaborados por una industria cuya razón de ser era la existencia de esas necesidades, que se esmeraba en cubrir de forma asequible, económica y, sobre todo, fácil. A esa industria suministradora, más que conceptos como el de calidad, duración o buen gusto le interesa que la demanda sea am-

plia, homogénea y, en consecuencia, acorde con el bajo nivel cultural del consumidor; lo cualitativo, los factores susceptibles de educar el gusto, se convierten así en algo indeseado, suponen incluso un peligro; lo más vulgar, en la medida en que más extendido, deberá prevalecer sobre lo que no lo es tanto.

En la sociedad actual, en medida mucho mayor que en la de entreguerras, todo se organiza para facilitar la expansión de ese proceso. Y es que, en la práctica, lejos de tratarse de aspectos diversos de la realidad, independientes unos de otros, se trata de facetas distintas de un mismo fenómeno: los conocimientos que se adquieren, los hábitos sociales, la música o las prendas de moda, las relaciones familiares o de trabajo, las preferencias gastronómicas. El factor que subyace, común a todos ellos, es el progresivo desleimiento de todo poso cultural, la disminución de conocimientos generales acerca de lo que es el mundo y lo que es uno mismo, y la creciente dificultad de apreciar con una mínima coherencia crítica esa realidad circundante.

Resulta fácil responsabilizar a la televisión de semejante triunfo de la vulgaridad, a los contenidos de la programación que ofrece tanto en España como en otros países. Pero la pantalla del televisor es sólo un reflejo; el centro del problema hay que situarlo no en la programación sino en las audiencias. Esto es: en la sociedad.

Por otra parte, el paulatino acoplamiento del gusto de las masas a las conveniencias del mercado suscita en el ciudadano una atenta actitud de espera respecto a cuanto ese mercado le va ofreciendo, a la vez que un tácito empeño en estar a la altura de la oferta, postura similar a la que adopta un niño ante las decisiones de sus mayores. De ahí que el infantilismo que hace unas décadas se atribuía a la sociedad americana sea hoy aplicable a cualquier sociedad occidental u occidentalizada. Si en el pasado el niño era vestido como un adulto, hoy es el adulto el que viste como un niño. Pero lo de menos es esa regresión hacia el *dodotis* primigenio; lo realmente grave es que la regresión se produzca también en el terre-

no de los gestos, de los gustos, de los deseos. Deseos y gustos imperiosos, que exigen una satisfacción inmediata, como las necesidades más elementales; gestos instintivamente insolidarios como sólo un niño puede expresar cuando, por ejemplo, alguien ha dejado de ser su amigo. Por más que se proclame exactamente lo contrario, como en tantos otros momentos de la Historia, el precepto o supuesto de amar al prójimo sigue siendo sólo eso, un supuesto.

Dar cultura al pueblo, proclamaba la Institución Libre de Enseñanza, como único remedio de tantos males ya entonces presentidos. Bien: pero ¿qué hay que entender por cultura? Si parece lógico que la derecha propicie una solución de corte tradicional, inadecuada ya para la situación presente, no lo es tanto el que la izquierda carezca en la actualidad de soluciones. Y es que, si como sostenía Huxley, Stalin y Henry Ford podrían haberse entendido perfectamente, hoy cabe pensar que determinados dirigentes políticos y sindicales de la izquierda europea coincidirían en lo esencial con los directivos y responsables de marketing de las grandes superficies comerciales: que el acceso a los diversos productos de consumo sea lo más amplio y fácil posible, que lleguen a todo el mundo de la manera más tonta.

Luis Goytisolo es escritor.